

EL SACERDOTE, MAESTRO DE VIDA ESPIRITUAL*

INTRODUCCION

El tema que trataremos es: *El sacerdote, maestro de vida espiritual*. Creo que importa mucho hacer un especie de definición de los términos. Esto no es simplemente una cuestión puramente metodológica, sino que es también un esfuerzo de conversión en el orden de la fe. Una de las cosas que suele no pensarse mucho es que a veces nos traicionamos usando palabras con un contenido secular, un contenido profano, en el sentido de vulgar, de pobre. Nosotros tenemos que dar a las palabras un contenido cristiano.

Por lo tanto, *Maestro de vida espiritual* tiene un contenido sólo comprensible a la luz de la fe (por lo menos como nosotros lo queremos pronunciar).

1. Vida espiritual

¿Qué es vida espiritual? Vida espiritual no es simplemente lo inmaterial. En el cristianismo, *espiritual* no se opone a *material*. Espiritual quiere decir aquello en lo cual ha sido derramado el Espíritu Santo; aquello que está movido, que está imbuido, penetrado, del Espíritu Santo, que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Esto es sumamente importante para comprender lo que queremos tratar. De ninguna manera, entonces, vida espiritual será vida inmaterial, sino que la misma supone la vida de los hombres en toda su realidad y, por supuesto, también en su realidad material, pero como sujetos conducidos por el Espíritu Santo que es el Espíritu de Jesucristo resucitado. Todo esto es lo que llamamos vida espiritual.

2. Maestro de vida espiritual

El otro término que utilizamos es *Maestro de vida espiritual*. Recogemos aquí una expresión que hace unos años no usábamos tanto, y me parece importante señalar el acento puesto sobre la condición de maestro, porque a la idea de maestro se une la idea de verdad. En estos tiempos, gracias a Juan Pablo II, gracias a Puebla —ya en la misma preparación de Puebla—, se ha sostenido la necesidad de acentuar el tema de la verdad, porque se estaban acentuando otros temas con tal énfasis que se oscurecía lo que significaba la verdad. Antes de tocar este tema, digamos simplemente otra cosa importante: la *necesidad* del Maestro de vida espiritual.

* Versión taquigráfica de una conferencia. Se ha conservado el carácter coloquial propio de la exposición oral.

La idea de maestro, de magisterio, implica la de comunicación de lo que conceptual o experimentalmente se posee, a alguien que solamente está en potencia de poseerlo. Además, en el cristianismo, en la vida de la Iglesia, hay una gracia, que hace que uno reciba la misión de comunicar a otros el misterio de la fe. Nosotros sabemos que, en la Iglesia, han sido puestos como maestros de la fe los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, y los que participan del Ministerio apostólico. Queremos insistir en este punto porque el sacerdocio es una participación de la capitalidad de Cristo y, por lo tanto, tiene también una misión de comunicación: la iniciativa, la gracia para comunicar la verdad al Cuerpo de la Iglesia y por lo tanto también a cada uno de sus miembros.

Acerca de esto podríamos decir muchas cosas. A veces, conversando con sacerdotes, solíamos subrayarlo. Esto es recuperar, de alguna forma, el misterio de la paternidad y de la maternidad de la Iglesia. Esto es descubrir que el tener algo para comunicar y el cumplir el deber de esta comunicación es recordar que nosotros vivimos de la Gracia. Hablando de la oración en una oportunidad con algunas personas, decíamos qué importante es empezarla leyendo la Escritura, porque la oración siempre es una respuesta. Y, por lo tanto, tiene que ser antecedida por el llamado de Dios. Es importante leer —y tal vez que nos lean— la Escritura, para descubrir que la Palabra nos llega nada menos que desde Dios, como gracia y como luz.

Ese proceso descendente desde el Padre que está en los cielos, es el único verdadero y por eso importa tenerlo presente, revivirlo para estar situados en la verdad. Recién cuando nosotros vivamos así, primero como enseñados y como rescatados, podremos devolver la oración. Hay una expresión muy linda de Lougar que dice: "El culto cristiano antes que latréutico es soteriológico. Antes que alabanza es salvación". Por tanto, para vivir ese misterio —diría para vivir los orígenes del misterio— importa decir que en la vida espiritual es saludable, es conveniente, es necesario, aceptar el magisterio: el magisterio del Padre por Jesucristo, el magisterio de la Iglesia, el magisterio de aquellos que en la Iglesia han sido puestos para regir al pueblo santo de Dios. Dejemos aquí un poco de lado el magisterio espiritual de quienes no participan del sacerdocio ministerial.

Quisiéramos así subrayar la necesidad del maestro espiritual. Pero el magisterio dice relación a un contenido, y ese contenido es la verdad. La verdad tiene que ser subrayada. Nosotros no podemos vivir según cualquier concepción: tenemos que vivir según la verdad, y la verdad es la realidad. Cuando se quiere defender al Concilio de Trento que insiste en que la fe es una afirmación, un conocimiento, hay que decir que con eso la Iglesia sostiene el realismo de la vida cristiana. Me gusta mucho repetir esta idea. Nosotros vivimos, queremos vivir según la realidad y por eso afirmamos la verdad. Y según la verdad debe ser nuestra caridad. Con esto no se niega sino que se completa lo que se dice de la ortopraxis.

Insistimos en que para tener una praxis correcta hay que tener una *veritas* correcta, una *doxa* correcta. Y por eso no solamente hay que vivir la ortopraxis sino la ortodoxia, que es la que asegura la ortopraxis.

Podríamos insistir también en cómo, precisamente en este momento en el cual germina y crece la verdad, tiene que empezar también la praxis correcta de la libertad, puesto que la libertad está en el corazón de la fe.

Si queremos vivir los signos de los tiempos, así como tenemos que insistir en que sólo en el amor culmina la verdad, porque la fe sin la caridad se oscurece y muere, así también tenemos que decir en este tiempo que hay que crear la pasión

por la verdad, la cual es la pasión por la realidad.

En este momento, es necesario no solamente estar abiertos a la verdad, sino también abiertos a la acción del Espíritu, porque es el Espíritu de la verdad. Ese Espíritu que ha movido a la Iglesia, la está llevando a la recuperación de la verdad y por eso nosotros hoy hablamos de la condición del sacerdote como maestro de vida espiritual. Precisamente porque es maestro de vida espiritual, debe crear la pasión por la verdad, la pasión por el Espíritu. Y donde está el Espíritu, está la libertad y está el amor. La misma pasión por el Espíritu es libertad y es amor.

Ser maestro de vida espiritual significa insertar en la realidad de la vida, el amor, que es la cima de la vida. Los sacerdotes, al atreverse a hablar de su condición de maestros de vida espiritual, tendrían que sentirse llamados a esta vocación de crear la pasión por la verdad, la pasión por la santidad, la pasión por la libertad, la pasión por el amor. Tendrían que ser hombres transfigurados por el Espíritu, que a la vez lo exhalan en sus hermanos e hijos espirituales.

SERVIDORES DE LOS DESIGNIOS DE DIOS

Puesto que los sacerdotes tienen que ejercer el magisterio, la enseñanza del Señor y comunicar su Espíritu, en primer lugar tienen que ser y llamarse *servidores de los designios de Dios*. Esto significa subrayar la dimensión teológica del ministerio y no sólo su dimensión eclesiológica. Nosotros tenemos que decirnos maestros, no simplemente porque hablamos en nombre de la Iglesia como sacerdotes de la Iglesia, sino que tenemos que sabernos ministros del Señor. Esto es estrictamente así.

Tenemos que descubrir el polo teológico de la vida, no solamente como término sino como comienzo. Y el polo teológico es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por tanto, los sacerdotes deben acostumbrarse a tener una visión trinitaria; deben convertirse a esa visión, a esa locución trinitaria, y adquirir una dimensión interior trinitaria. Por eso, cuando hablamos como cristianos, no podemos simplemente decir que somos un instrumento de Dios, sino que lo somos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Santo Tomás llega a decir que aun la Creación (que nosotros generalmente atribuimos a la naturaleza divina, a Dios que crea por su naturaleza divina) hay que concebirla trinitariamente. Al igual que el ser, también el obrar de Dios tiene una relación con las Personas.

1. En comunión con Dios Padre

Por supuesto que cuando se trata del orden de la Gracia, tenemos que hablar trinitariamente, y es en este orden en el cual nosotros actuamos. Por eso, para ser maestros de la verdad, hay que estar en comunión con Dios Padre: una comunión que nos haga identificarnos con los designios del Padre. ¿Cómo se da esto? Por supuesto escuchando su Palabra, viviendo su Palabra, orando, pidiéndole luces, identificándonos en ese momento culminante de la vida con el Señor, y haciendo así, como hizo Jesucristo, que nuestros pensamientos sean los del Padre.

En cuanto al contenido, nosotros no deberíamos enseñar sino lo que el Padre desde toda la eternidad pensó para alguien. Nosotros no podemos acercarnos a la vida espiritual de las personas, tanto en la doctrina general que damos a la comuni-

dad como en la doctrina que queremos hacer llegar a cada una de las almas a los efectos de su profunda respuesta al Señor, sino para decirles aquello que el Padre desde toda la eternidad está pronunciando para ellas. Entonces sí ayudaremos a la generación del Hijo de Dios y seremos el hermano que los hombres necesitan. Entonces sí haremos la nueva creación que el Padre ha pensado.

Por eso tenemos que buscar que la imagen que vayamos plasmando en el hermano sea la imagen de un hijo, imagen que el Padre le quiere dar generándola. Entonces sí seremos eficaces. Entonces sí seremos instrumentos de la vida trinitaria para cada uno de nuestros hermanos.

Pero no solamente por el contenido debemos estar en comunión con el Padre, sino también por la actitud semejante a la del Padre. Y por eso debemos pedirle al Señor la responsabilidad de la paternidad. Soy un convencido de que la categoría fundamental que relaciona a los hombres es la de la fraternidad. Sin embargo —es necesario afirmarlo— nosotros, como dice el Concilio, también estamos llamados a ser padres. ¿Por qué? Porque nos constituimos, como el Padre que está en los cielos, en principio de vida. Ello se da por el amor y por el ministerio en unión con el Padre. Y si nosotros nos negamos a esa actitud de paternidad, segamos una fuente de agua viva.

No aceptar la responsabilidad de la paternidad es estar segando fuentes de gracia.

Creo necesario insistir en que nuestro servicio fraternal tiene una condición de paternidad. En ese sentido debemos pedirle al Señor muy humildemente, muy responsablemente, pero muy verdaderamente, asumir esa actitud.

Como padres, es necesario amar antes de hablar. Dios, porque amó, creó; porque amó más, redimió. Y toda la alianza está siempre precedida por el recuerdo de los beneficios de Dios. El pueblo de Israel, antes de recibir la Ley, escuchaba los beneficios que Dios le había hecho. Nosotros tendríamos que vivir un prólogo de amor antes de decir cada palabra, y no sentirnos con derecho a decir ninguna palabra a otro como luz y como norma, ninguna palabra como ley, sin haber antes escrito este prólogo de caridad.

En Dios y en Jesucristo siempre existe este prólogo de amor. En la Iglesia y en nosotros tiene que rehacerse, continuarse, completarse. Este prólogo será una historia de cruz para ser Redención. Dios nos lo pide. Por eso, cuando nosotros no llegamos a ser *maestros de vida espiritual*, tenemos que preguntarnos si tal vez lo que nos falta no es ese prólogo de amor, esa parte de la Pasión de Cristo que Dios quiere que cada uno complete en su ser.

Tenemos que llegar a nuestros hermanos. Pero nuestros hermanos son los que tienen que escuchar la Palabra y descubrir el Misterio, el Misterio de Dios sobre ellos. Ese Misterio de Dios, que es la identidad de cada persona, no siempre ni únicamente le es dado a través del sacerdote, sino que la Palabra de Dios le llega también por otros canales; nosotros tenemos que ponernos al lado de las personas como hermanos, tal vez como hermanos mayores, para que ellas abran sus oídos, limpien sus ojos, escuchen al Señor y vean su figura. Que nos sientan como aquellos que, al revelarles en alguna forma los caminos del Padre, son los que los identifican cada vez más consigo mismos y con la Voluntad del Padre, que no los despojan de lo que son sino que los identifican cada vez más consigo mismos llevándolos por los caminos de su propio ser; los que los encaminan por los caminos que los enriquecen, no por aquellos que los pueden empobrecer o deformar. Para

esto hay que partir del corazón del Padre, contagiándonos de su amor y llegar al corazón del hermano. Esto lo volveremos a decir cuando hablemos del Espíritu Santo.

2. En comunión con Cristo

Jesucristo es la revelación del Padre. El mismo es Evangelio, dice Juan Pablo II en una hermosa carta al devolver el documento de Puebla. Nosotros tenemos que creer profundamente esto. Tenemos que estar totalmente convencidos de que en Jesucristo se resume toda la revelación. Mientras Dios no dijo su Palabra sobre el mundo, no acabó su revelación. Conocen esa frase hermosa de san Juan de la Cruz: "Cuando Dios dijo su Verbo se quedó mudo".

¡Qué importante sería que nosotros nos diéramos cuenta de que mientras no hablamos de Cristo no acabamos de hablar de nada! No quiere decir que en todo momento tengamos que nombrar al Señor, sino que para tener luz suficiente sobre cada tema, tenemos que llegar a ver su relación con Cristo Jesús. Y cuando nosotros hayamos dicho el nombre de Jesús en su verdadero contenido, cuando hayamos traído a Cristo junto al hecho que estamos tratando o al lado de la persona a quien hablamos, debemos saber que no hay ninguna otra realidad que lo vaya a plenificar más. Y ninguna doctrina humana, ningún parecer es mayor que el Verbo de Dios, por el cual Dios Padre ha creado todas las cosas, por el cual Dios está creando esta historia, por el cual el Señor quiere hacer su imagen en esta persona que yo estoy tratando, o en esta comunidad que me escucha.

La unión con Jesucristo me enseña a decir mi verbo. Suele decirse en teología que, por la imagen, por lo que es el hombre en su psicología, puede hacerse una reflexión sobre la Trinidad. Y así decimos con san Agustín que el Padre pronuncia su Verbo y con el Verbo emite su Espíritu.

Tenemos que decir también lo contrario, o sea que no tendríamos un verbo, una palabra, si no existiera el Verbo de Dios. Si esto es cierto, cada palabra mía es un pequeño Verbo. En cada palabra mía debe haber algo de Cristo nuestro Señor. Y como la palabra que pronuncio es una palabra en el tiempo y en la historia, no solamente tiene que ser una reedición del Verbo eterno sino una reedición de Cristo, el Verbo encarnado. Y si es cierto esto, cada palabra mía estará cargada con la fuerza redentora; cada palabra mía tendrá la fuerza salvífica que procede del Verbo encarnado, Cristo Jesús.

Cada palabra mía tiene que ser revelación del Padre como lo es Jesucristo. Cada palabra tiene que ser Evangelio. El solo título de la *Evangelii Nuntiandi* llena de alegría y enriquece inmensamente con un nivel de gozo, con un nivel de luz, de paz, antes difícilmente logrado con tanta riqueza. Tenemos que hablar evangelizando; toda palabra debe ser una evangelización, un Evangelio, tiene que estar cargada del aire fresco de la esperanza, de la verdad —por supuesto—, de la alegría y del gozo que trae el anuncio de Jesús. Así tendrían que ser las predicaciones, nuestras catequesis, cada consejo que damos a nuestra gente, sobre todo a los dirigentes que son aquellos que, precisamente, para tener la fuerza del Evangelio, tienen que identificarse con el Evangelio y, para ser apóstoles del Señor, tienen que identificarse con el Señor.

El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo y jamás vamos a hablar de vida espiritual si no señalamos los caminos de Cristo. Y por eso nuestra palabra, que tiene

que estar cargada del Espíritu Santo, debe hacer presente al Evangelio: la Persona y las Palabras del Señor. Y así como Jesucristo ha sido la mayor afirmación de Dios sobre el mundo y es la razón de nuestra esperanza, nosotros tendríamos que ser —como dice el Papa— profetas de servidumbre. Tenemos que incitar a la búsqueda. Nunca terminamos de encontrar. Pero, dice Puebla, la Iglesia es un pueblo peregrino que también canta sus certezas. Canta el agradecimiento por los dones que ha recibido del Señor y, a la vez, busca las promesas que todavía el Señor está por cumplir.

Tendríamos que hablar con la certeza de que el Señor nos ha redimido, con la certeza que nos da la presencia del Espíritu en nosotros y, con esa certeza de la esperanza, caminar hacia adelante. Pero para vivir en esa firmeza de roca que da Aquel que es la Roca, nosotros tenemos que identificarnos con El, especialmente por esa connaturalización que es fruto de la oración serena y prolongada. La oración de los Salmos serenamente recitados, la oración del Oficio Divino en general, el dejarse empapar por la lluvia de verdad que es la Escritura, el dejarse penetrar por esa quietud que debemos tener para la oración, todo ello nos hace *voz de la Palabra*: “Juan era la voz; pero el Señor era la Palabra que existía ya al comienzo de las cosas. Juan era una voz pasajera, Cristo la Palabra eterna desde el principio. Suprime la palabra y ¿qué es la voz? Donde falta la idea no hay más que un sonido. La voz sin la palabra entra en el oído, pero no llega al corazón...” (San Agustín: Segunda lectura — domingo III de Adviento — Breviario).

3. En comunión con el Espíritu Santo

El Espíritu Santo es el que nos va a conformar con Jesucristo, es el que va a llevar a la plenitud a Jesucristo en la Iglesia y es el que nos va a desentrañar el misterio de Jesucristo y de las Palabras del Señor. Si nosotros tenemos que ser *maestros de la verdad*, tenemos que hablar movidos por el Espíritu de la verdad.

Debemos dejarnos llevar al Padre en actitud de hijos y de siervos. El Espíritu Santo nos va a hacer hijos de Dios, siempre nos hará hijos a la manera de Jesús. El Espíritu Santo nos hará amar a Cristo que muere por nosotros, y nos llevará a identificarnos con ese Señor. Con ese Señor que nos ama hasta el extremo, hasta la muerte.

El Espíritu que nosotros recibimos siempre nos revelará el misterio de Jesús. El Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo nos es dado por Cristo después de la Resurrección. Y así como nos va a identificar con la Pasión, con Cristo que padece, nos llevará a la Resurrección. La fuerza propia del Espíritu es la Pascua que termina en la Resurrección.

Tenemos que dejarnos llevar siempre por ese Espíritu hasta la gloria de la Resurrección anticipada en la gracia. Participando de esa bienaventuranza es como nosotros vivimos verdaderamente el misterio de la Pasión.

Movidos por el Espíritu, debemos abrir a los fieles a la confianza de la filiación, a la esclavitud del amor hasta la muerte. Nosotros tenemos que atrevernos a hablar así a la gente, porque este mensaje no es para escogidos dentro de los escogidos que son todos los bautizados, sino que es para todos los que forman parte del Cuerpo Místico de Cristo, del Cuerpo de Cristo, como dice san Pablo. Esta es la vida de los cristianos. Si nosotros no nos atrevemos a hablar así y a pedirles esta generosidad y a aceptar esta santificación, no hemos entendido lo que es la Iglesia.

Si nosotros creemos que tenemos el poder de consagrar el pan y el vino, si creemos que tenemos el poder de transformar el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, sepamos que eso no nos ha sido dado sino para transformar a los hombres en hijos de Dios, en templos del Espíritu, en seres dóciles a las mociones del Espíritu, para que, libres del temor de la condenación, a la vez que excluyendo el pecado, los hagamos dóciles instrumentos del Espíritu Santo.

Hay que tener el coraje de aceptar esta formidable providencia, hay que tener el coraje de aceptar este destino de santidad. A esto nos ha llamado Dios. Y cuando nosotros negamos los caminos del Espíritu, negamos la vida del Espíritu; negamos simplemente nuestra historia, nuestra economía. No hay nada más santo que la Eucaristía. No hay nada más santo que la celebración eucarística. Si nosotros celebramos la Eucaristía, y generalmente cada día, es señal de que Dios nos está capacitando no solamente para vivir la santidad de la Iglesia, sino también para comunicarla. Y yo diría, comunicarla especialmente a aquellos que han sido puestos por Dios, de una u otra forma, en una función apostólica, y que por lo tanto se constituyen en centros de Evangelio, en centros de comunión y participación, para usar una expresión de Puebla, aun cuando Puebla no usa la idea de centro en referencia al tema que estamos abordando.

4. En comunión con la Iglesia

Quisiera terminar haciendo una referencia a la comunión con la Iglesia. Tenemos que convencernos de que no hay ninguna acción del Espíritu si no hay comunión con Dios. Tiene que haber una comunión con Dios, si no no hay acción del Espíritu, no puede haber magisterio para la vida espiritual. Tenemos que decir que Dios ha querido un sacramento, además del de Cristo, que es absolutamente necesario. Y el Vaticano no sólo no lo niega sino que lo confirma. La Iglesia es este sacramento universal de salvación. Por eso, si queremos entregar el Espíritu, tenemos que estar en la Iglesia. Nadie puede dar el Espíritu sin comunión con la Iglesia, comunión de uno u otro modo a veces oculta a nosotros mismos. Por eso, nosotros, maestros de vida espiritual, debemos vivir verdaderamente, cordialmente —es decir con todas las posibilidades humanas— en comunión con la Iglesia.

Si una madre puede dar la gracia, ser razón de gracia para su hijo, es porque está en comunión con la Iglesia. Si los sacerdotes son ministros, aun cuando sean inactivos, aun cuando estén en pecado, es porque son ministros de la Iglesia.

Es necesario vivir en comunión con la Iglesia, con todo lo que es la vida de la Iglesia. Es necesario buscar una comunión profunda, humana, rica, con todo lo que es la Iglesia y, por lo tanto, en primer lugar, con aquellos que son causa de su unidad. De allí la íntima vivencia de la comunión con el Papa. Es necesario saberse en la Iglesia una, en la cual hay un principio de unidad que es el Sumo Pontífice. Saber que él ha sido constituido roca que sostiene a la Iglesia en la cual yo estoy. El Papa y los Obispos están puestos como columnas de la Iglesia para sostenerla en su comunión. Si queremos unir a la Iglesia, tenemos que, eficazmente y cordialmente, vivir en comunión con ellos en toda la medida de nuestro ser.

Y desde la Iglesia, desde el corazón del Padre y desde el corazón de Cristo, con el dinamismo del Espíritu, vivir la tensión misionera hacia todos.

Terminaría diciendo, con ideas madres de Puebla, que así como hay que vivir la comunión con Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, y así como hay que vivir la comunión con la Iglesia, hay que buscar la comunión universal: hay que buscar

la comunión con todos los hombres. El hombre que excluya a uno solo de sus hermanos de su amor, peca y es miembro muerto de la Iglesia. Solamente el amor universal es el amor verdadero, porque es el amor a todos nuestros hermanos de nuestro Padre que está en los cielos.

Ser maestros de vida espiritual es ser *maestros de misión*. Hay que comulgar con Dios. Hay que comulgar con la Iglesia. Y comulgar con Dios es comulgar para la misión. Estas son las dos ideas de Puebla: comunión y participación en el compromiso.

Pero habría que decir más todavía. Que la comunión no es simplemente anterior a la misión sino que la comunión con Dios es comunión con su enviado Jesucristo, para ser conducidos por el Espíritu. La comunión es en su misma fuente, comunión con la misión.

Si queremos ser maestros de vida espiritual, tenemos que educar apostólicamente. Tenemos que educar para la misión universal. Y por eso la Acción Católica, las Instituciones Apostólicas han sido lugares de educación cristiana. Porque han educado para el amor del Padre, en Jesucristo, con el Espíritu, para el amor de todos los hombres, pero para un amor realmente vivo y verdadero.

Y el amor universal, que es un amor gratuito, muestra su autenticidad solamente cuando privilegia a los pequeños. Habría que decir que la insistencia de Puebla, partiendo del Evangelio y de toda la tradición de la Iglesia, en el privilegio de los pequeños, los pobres, los ancianos, los niños, los jóvenes, el privilegio de los que tienen menos, los marginados —en cualquier sentido—, se debe a que ese privilegio no es sino un signo de la gratuidad del amor. El amor que quiere bien se vuelca con privilegio donde hay menos. El amor que quiere bien, quiere más al que más necesita, busca más al que más necesita. En ese sentido privilegia.

Podría decirse que ser maestros de vida espiritual es ser *maestros del amor*. Ser maestros del amor que es universal y que atiende y privilegia a los pequeños. Puebla, en ese sentido, señala el grupo inmenso de los menores en América Latina, pero nosotros tenemos que señalar a todos los pequeños del mundo, y sabemos muy bien que la peor de las pobreza es sin duda el pecado.

Hay que decir también que nadie tiene un privilegio cristiano si no ama efectivamente a todos. Pero igualmente hay que decir que un amor que se dice universal no es auténtico si no se inclina, si no se abre más inmediatamente, más intensamente, al que padece una necesidad.

Podríamos resumir lo dicho diciendo que el maestro de vida espiritual es el maestro del amor, el maestro que quiere, suscitando el amor, traer una causa de vida, una causa de nueva creatura, una causa de hombre nuevo, una causa de historia nueva. El maestro de vida espiritual, en relación especialmente con los laicos, es aquel que, buscando en todo la condición teologal, buscando la conexión directa con el Señor, busca a la vez el ímpetu del Espíritu en cada persona, el cual no se detiene sino cuando culmina en algo, sino cuando termina la creación.

En ese sentido ser maestro de vida espiritual es *acompañar a los demás hasta las alturas de Dios* y, por lo tanto, hasta las profundidades mayores de la creación y del corazón humano.